

**Autor: Fernando CHICA, observador permanente de la Santa Sede ante la FAO**

Todos recordamos que en el día de Pentecostés el Espíritu Santo irrumpió sobre los creyentes, de modo que “cada uno oía [a los discípulos] en su propia lengua” (Hch 2, 6). Así, la comunidad cristiana queda fundada gracias a la acción del Espíritu Santo que es capaz de unir sin eliminar las diversidades legítimas. Lo que en Babel era una dinámica de separación y competencia (cf. Gen1 1, 1-9), con la llegada de los nuevos tiempos se convierte en un signo de la presencia del Reino de Dios.

La diversidad de idiomas es reflejo de la diversidad cultural, que no debe verse como amenaza sino como oportunidad, desde “la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades” (Evangelii Gaudium, n. 230). Y, profundizando en esta verdad, el Santo Padre añade: “La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad” (Evangelii Gaudium, n. 131). Pentecostés es también una fiesta de la diversidad de bienes y dones que circulan entre todas las personas. De hecho, se nos dice que “todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2, 44); por ello, “no había entre ellos necesitados” (Hch 4, 34). Es cierto que este su-m ario parece reflejar el ideal al que aspiraba la comunidad, más que la estricta realidad, como aparece en el episodio de Ananías y Safira (Hch 5,1-10). El libro de los Hechos también muestra ciertos conflictos en la comunidad, entre los cristianos de origen judío y los de lengua griega y cultura helenista. El problema surge precisamente por la “distribución diaria de los alimentos” a las viudas (Hch 6, 1) y se resuelve desde el diálogo y la búsqueda constructiva de soluciones. Eso también es fruto del Espíritu Santo. Además del Pentecostés de los judíos en Jerusalén, encontramos un Pentecostés, o venida del Espíritu Santo, sobre los samaritanos en Judea y Samaría (Hch 8 y 9) y los paganos en Cesarea (Hch 10 y 11). Muy significativo es el momento en el que el apóstol Pedro tiene una visión con “toda clase de animales, cuadrúpedos, reptiles y aves” (Hch 10, 12), que son declarados puros y aptos para comer. De nuevo, la alimentación aparece relacionada con la experiencia del Espíritu Santo, que lleva a una valoración positiva de la diversidad, originada en la misma Creación. La cuestión de los animales impuros tenía que ver con las limitaciones de la Revelación recibida por Moisés, que debía emplear ciertos signos para recordar una serie de enseñanzas morales y culturales, que después de la Muerte y Resurrección de Cristo, quien desde el Padre envía el Espíritu Santo, han quedado definitivamente superadas. En este contexto debemos recordar que “es de capital importancia la consideración del valor ambiental de la biodiversidad, que debe ser tratada con sentido de responsabilidad y protegida adecuadamente, porque constituye una extraordinaria riqueza para toda la humanidad” (Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, n. 466). A este respecto, en la encíclica *Laudato Si'*, Su Santidad advierte de los riesgos de la pérdida de la biodiversidad, “no sólo para la agricultura, sino también para la curación de enfermedades y para múltiples servicios” (n. 32).

Y es que la diversidad de las criaturas, como enseña santo Tomás de Aquino, es algo que tiene como causa última la misma voluntad de Dios (Suma de Teología I ,47,1), pues como ninguna criatura puede representar perfectamente la bondad divina, unas se complementan con otras.

En el planeta tenemos unas 80.000 variedades de arroz que, adaptadas a los diversos ambientes, permiten mejorar la alimentación y evitar riesgos para la población local. Otro tanto puede decirse de las patatas o de muchos otros alimentos, que pueden verse amenazados por la extensión de los monocultivos y la agroindustria. Pensemos en la quinoa, un grano típicamente andino, que es importante fuente de proteína vegetal, pues contiene dieciséis aminoácidos, incluyendo los nueve esenciales para el ser humano (que debe ingerirlos en la dieta, al no ser capaz de sintetizarlos el propio organismo). Junto a la diversidad en la producción de alimentos, en los últimos tiempos se ha desarrollado una especial sensibilidad a la diversidad gastronómica, a veces en forma de “cocina fusión”. Respetar y cultivar esta diversidad es acorde con el designio originario de Dios.

Ahora bien, valorar y defender la diversidad no puede significar olvidarnos de la desigualdad, ni mucho menos legitimar la injusticia. Nuestro mundo sigue lacerado por el hambre, la desnutrición, la anemia y la malnutrición. Junto a esta escandalosa realidad aparecen, sobre todo en las sociedades más desarrolladas, problemas de salud como el sobrepeso, la obesidad y otras enfermedades relacionadas con el régimen alimentario. Igualmente, debemos estar atentos a trastornos alimenticios como la anorexia o la bulimia. En todas estas realidades está también el Espíritu Santo anhelando respuestas y suscitando compromisos. Los cristianos sabemos que el Espíritu Santo no es algo etéreo, sino que está presente en nuestra historia, derramando bondad, impulsando causas nobles, descubriendo horizontes nuevos, sanando heridas y liberando de esclavitudes, pues es quien suscita en nosotros la gracia divina. Por eso hemos hablado de diversidad lingüística y cultural, de biodiversidad y de circulación de dones, todo ello entremezclado con retos y dificultades alimenticias. “La unidad a la que hay que aspirar no es uniformidad, sino una «unidad en la diversidad», o una «diversidad reconciliada»”, advierte Francisco en *Amoris Laetitia*, n. 139. Esta unidad es la que nos otorga el Espíritu Santo. Por eso mismo, el Obispo de Roma ha propuesto, para la Iglesia y para la sociedad, el modelo del poliedro y no el de la esfera, equidistante y homogeneizador. La imagen del poliedro “refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad” y permite incorporar a “los pobres con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades” (*Evangelii Gaudium*, n. 236). A esto nos impulsa el Espíritu del Señor. Esto es lo que también celebramos en Pentecostés, la fiesta de la diversidad y de la vida de la gracia en Cristo. “Dejemos que su fuerza transforme nuestra vida, nos haga cambiar de rumbo, abandonando senderos caducos, tibiezas y veleidades y aunando fuerzas en la búsqueda de una novedad constructiva y luminosa. Permitamos que nos empuje a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Que nos lleve allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida” (cf. *Gaudete et Exsultate*, n. 135). ¡El Espíritu Santo no tiene miedo,

que tampoco lo tengamos nosotros!

(Publicado en "La Verdad" de la Archidiócesis de Pamplona-Tudela)